

jal en Caracas y Diputado al Congreso Nacional. Su acrisolada fama de hombre honesto fue ejemplo permanente para la juventud venezolana, que llegó a ver en él un posible candidato para Presidente de Venezuela.

Conocí al Doctor Vegas cuando fui su discípulo como pasante por la Cátedra de Clínica Dermatológica, por los años de 1948-49. Su clase era eminentemente práctica, llena de agudas observaciones al lado de un enfermo de la consulta externa. Recuerdo que entonces permanentemente fumaba una pipa y observaba atentamente las lesiones a las que examinaba con un rigor metodológico impecable. Por muchas circunstancias fuimos después amigos personales. En sus últimos años activos, solía ir con frecuencia a la selva amazónica para observar las lesiones cutáneas de los indígenas. Regresaba con un acopio importante de fotografías y de observaciones clínicas. En una oportunidad lo invité para que las presentara ante mis alumnos y colaboradores de la Cátedra de Anatomía Patológica en el Hospital Vargas de Caracas y recuerdo que entonces dio una de las clases magistrales más auténticas que jamás se hubieran dicho en la Universidad, pues en la selva había convivido con los indios muchos días, los había observado atentamente y había logrado hacerse amigo de ellos, y con su habilidad de extraordinario fotógrafo había obtenido una muy valiosa información objetiva de sus enfermedades y sus problemas sociales. En esa oportunidad todos pudimos observar sus valiosas dotes de investigador científico y de agudo observador.

Era el Doctor Vegas, sin duda un hombre excepcional. Austero, muy parco en el hablar, muy fino en el trato con sus colegas y discípulos, daba siempre la sensación de ser un hombre auténtico en su humildad y en su saber. Cuando cumplió los 90 años de edad la Academia Nacional de Medicina le rindió homenaje y aunque no participó activamente ya más en ninguna actividad, mantuvo con mucha lucidez, hasta el último día de su vida, su permanente preocupación por Venezuela y sus problemas.

Caracas, mayo de 1991.

FRANCISCO HERRERA LUQUE

Por TOMÁS POLANCO ALCÁNTARA

Después de haber pasado cierto tiempo en un respetable retiro, que fue casi obligada consecuencia de la enfermedad y muerte de su hijo, Francisco Herrera Luque volvió a figurar en las páginas literarias y en las tertulias de la gente del oficio, con la noticia de la pronta publicación de un nuevo libro suyo que se iba a denominar *Los Cuatro Reyes de la Baraja*. Los comentarios sobre las características que podría tener esa obra dolorosamente se paralizaron, al ser anunciado su fallecimiento ocurrido en la noche entre el 15 y el 16 de abril

de 1991. Se informó que un *infarto masivo*, es decir un golpe sin apelación ni remedio, en doce escasos minutos había puesto fin a su vida.

Herrera Luque, médico y especialista en psiquiatría, apareció en la vida literaria del País con su obra *Los Viajeros de Indias*. Ramón J. Velásquez, de quien supe la triste novedad de la muerte de Herrera Luque, me narró que él, estando en ejercicio de la Secretaría de la Presidencia de la República, recibió del autor los originales de esa obra. Le agradó e impresionó tanto que inmediatamente, sin permiso del escritor, dispuso su publicación en la Imprenta Nacional. Cuando el libro salió a la calle, provocó un conjunto de severas críticas que, desde luego, llegaron al Presidente de la República por el pie de imprenta que lucía la edición. El Presidente, don Rómulo Betancourt, simplemente dejó pasar la tempestad. El libro tomó su propio camino y señaló el comienzo de un nuevo tipo de vida para el médico que lo había escrito.

Herrera Luque se percató entonces de la utilidad de sus conocimientos científicos sobre la naturaleza humana para estudiar e interpretar personajes y tiempos de la Historia.

Por razones que al menos no hizo públicas, no adoptó la vía que otros colegas suyos han preferido sino que en adelante le pareció mejor combinar información científica y datos históricos en una obra de imaginación literaria.

Unas veces, como en el caso de sus obras *Los Amos del Valle* y *La Casa del Pez que Escupe en el Agua*, seleccionó un tiempo y un ambiente en los cuales hizo destacar a sus personajes. En otras, como *Boves el Urogallo*, *La Luna de Fausto*, *Bolívar Hombre de Carne* y *Hueso* y *Manuel Piar*, *Caudillo de dos Colores*, buscó un personaje de su interés y lo hizo moverse, con sus propias características, en un tiempo y un medio social determinados.

El escritor, además de su formación científica, había adquirido conocimientos históricos extensos; era persona de una cultura variada, producto de viajes, lectura y meditación; dotado de talento natural, agudo y penetrante y sabía, además, escribir y trabajar. Con todos esos factores concurrentes es perfectamente explicable que hubiera logrado obras de éxito.

Merece la pena resaltar la importancia que tiene en un escritor, no sólo tener talento y conocimientos, sino aprender a manejar la palabra. Para ello es necesario un trabajo intenso, la humildad ante sí mismo para rehacer, corregir y pulir un texto, cuantas veces sea necesario, en orden a lograr un resultado satisfactorio. Herrera Luque se enorgullecía de revisar hasta siete veces cada uno de sus trabajos. Y esa revisión, intensa y metódica, es probablemente la pieza más relevante de la creación literaria porque da equilibrio a las distintas partes, permite medir el rango de los personajes que actúan, limpia el lenguaje...

En mi particular opinión, todas esas buenas cualidades de Herrera Luque aparecen demostradas en su obra sobre Piar, personaje estupendo para un libro de esa naturaleza, porque se trata de un hombre de vida trágica, ideal para el estudio de un psiquiatra, sobre quien existen pocas noticias exactas y por tanto es propicio a la imaginación; que además fue un sujeto conflictivo, carácter con

el cual se identificaba el autor y que al morir dejaba preguntas y leyendas magníficas para fabular sobre ellas.

En el tema *Piar*, prácticamente todo era ganancia para un buen autor. Distinto y difícil era el caso de Boves.

Es probable que *Boves el Urogallo* haya sido la obra que más popularidad dio al autor.

Alguna vez quise preguntarle cómo interpretaba él mismo que ese personaje *monstruo* de salvajismo, modelo de criminal y casi el asesino de la República, hubiese sido tan importante, no en él, pues se trataba de un caso patológico atractivo para un médico psiquiatra, sino en el público lector. No me atreví a hacerlo porque he aprendido a respetar las decisiones personales de los escritores cuando escogen a sus personajes y también tengo la impresión de que no siempre resulta confortable ni posible explicar esas escogencias.

El éxito literario de *Boves el Urogallo* fue notable.

He dicho arriba cómo *Piar* era material valioso para la fábula y aprecio que el principal mérito literario de Herrera Luque radica en el uso de la ficción casi fabulesca como medio de creación intelectual.

Probablemente allí estuvo su problema principal. Otros autores, en otras partes, han hecho lo mismo, pero con dos ventajas sobre Herrera Luque: una, que en esos medios no existe la sensibilidad que hay entre nosotros para apreciar ciertos hechos y personajes y otra, que cuando el escritor tiene temor a esas reacciones afectivas, las minimiza con un simple cambio de nombres que desarma a quien se ve afectado, sinceramente o no por la sátira, el comentario y a veces hasta por la burla sobre un personaje o un hecho a los que se siente ligado por deber o por afecto.

Herrera Luque asumió el riesgo de hacer ficción histórica acerca de personajes a quienes llamaba por su nombre y apellido y acerca de hechos mencionados con fechas y lugares.

Las reacciones no se hicieron esperar. Hay casos en los cuales a ciertas personas les incomoda y hasta llega a indignarles que sujetos de su parentela y afecto, sean tratados de modo no positivo. A otros les resulta indiferente y no falta quienes lo aceptan como una inevitable consecuencia de la vida pública.

Esa situación motivó para Herrera Luque dos actitudes de parte del público lector: la de quienes le rechazaron, a veces en forma violenta, a veces con razonados criterios y en más de una oportunidad por envidia a sus éxitos y audacia y la de quienes le aplaudieron, unos por admirar su obra literaria y otros por agradecerle las actitudes críticas del autor, sin faltar quienes veían, equivocadamente, una colaboración en esas páginas prácticamente fabuladas, a su interés en destruir los fundamentos de la convivencia social, intención ésta que creo nunca estuvo en los propósitos de Herrera Luque.

Herrera Luque sabía historia y conocía a fondo los personajes históricos de nuestra vida nacional, pero con toda evidencia no señaló a su vida literaria la

misión de “hacer historia” sino la de crear obras de imaginación, obras de especial ingenio hechas con talento, inteligencia, gracia y arte y en las cuales utilizó materiales históricos, haciendo actuar a personajes que realmente vivieron y manejando observaciones médicas y sociológicas.

En ese papel ocupa un lugar privilegiado en la historia de nuestras letras. Se le podrá anotar haber sido duro y a veces tremendamente crítico; se le podrá observar que mezclaba la realidad con la imaginación, lo histórico con lo inventado, lo científico con lo empírico, lo que era producto de una seria investigación documental con la fantástica utilización de las leyendas. Pero sean o no verdad tales observaciones, en las cuales quiero insistir en que a veces hay indignación quizá justificada y en algunos casos la diabólica envidia que ocasionan los éxitos, el hecho importante es que Francisco Herrera Luque fue un hombre de especial éxito intelectual y literario y que se construyó a sí mismo una sólida posición en la historia de nuestras letras. No eludió responsabilidades y las supo enfrentar y, como todo ser humano, si pudo equivocarse ello no altera ni impide ni el dolor por su partida ni el aplauso a su talento.

MARIO BRICEÑO PEROZO*

Por MANUEL ALFREDO RODRÍGUEZ

El Consejo Directivo de las academias nacionales ha rechazado los despropósitos de despedir a mi maestro Mario Briceño Perozo del Archivo General de la Nación y de subordinar el Archivo a la Biblioteca Nacional. Los argumentos aducidos por las doctas corporaciones son verdaderamente inobjectables. Ni mi maestro Mario está malherido por los años como para recibir la puntilla del despido, ni el Archivo, por virtud de su especificidad, puede ser departamento o anexo de ninguna biblioteca. A ello se añade el hecho cierto de que la dedicación y la sabiduría del Dr. Briceño han reanimado y reactualizado la funcionalidad y utilidad del primero de nuestros repositorios documentales.

Aquí uno no gana para sustos. Habiendo tantos problemas por solucionar y tantos entuertos que deshacer, lo primero que se le ocurre a algún despistado con mando es alterar lo que marcha bien y agredir a quien no lo merece. Metido entre sus papeles, escribiendo sus libros y sirviendo con fina cortesía a quien solicite su ayuda, Mario Briceño Perozo no molesta a nadie ni le hace daño a nadie y ni siquiera gana lo que debería ganar un hombre de sus méritos y ejecutorias. Pero Venezuela es así y al que no fuñe, lo fuñen. Sobrada razón tuvo César Zumeta cuando dijo que en Venezuela “o mandando o exiliado” y a fe que mantuvo su palabra, pues regresó después de muerto y eso porque lo trajeron sin que lo pidiera.

* Publicado en *El Nacional*, el 26-1-91.